

## La Pintura de Mori

por Sebastián Salazar Bondy

La misma vitalidad —la cual también es espiritualidad— que Camilo Mori manifiesta en su persona, trasciende de su obra pictórica a quien la contempla. Ahí están, como muestra palpable de tal emanación, los óleos que actualmente exhibe en la "Galería de Lima", en los cuales la variada línea estilística, que va del más antiguo al más reciente, no empaña en un punto el hondo lirismo y la sabiduría técnica en los que se sustenta la ar-

monía de las formas y los colores que este pintor crea. Porque si algo es evidente en este conjunto de obras admirables, es esa justa compenetración que existe entre la inspiración, o si se prefiere, la poesía plástica de la pintura de Mori y el dominio que el artista posee de su oficio. El acordado color, el rico empaste, la equilibrada composición, la unidad formal, la fina y a veces resplandeciente atmósfera que envuelve a sus criaturas, son aciertos de verdadero maestro. Mori ha trabajado en diversas direcciones, atento en todo instante, eso sí, a obtener un resultado sin engaños, a conseguir —y valga esta vez la expresión en su sentido más puro— una pintura sincera. Su disponibilidad a las influencias no es, pues, otra cosa que consecuencia directa del manifiesto empeño que ha puesto en hallar, por sobre las coincidencias aparentes, una real expresión plástica de sí mismo, inquietud ejemplar si se piensa que el anhelo de originalidad a ultranza suele, las más de las veces, conspirar contra la independencia esencial de muchos artistas.

Tras las vacilantes tentativas de la iniciación, Mori se adhirió al cubismo. En aquella época estuvo en el París que Gris, Braque y Picasso convirtieron en capital del movimiento artístico más importante del medio siglo, y sumó su esfuerzo a las experiencias de esos maestros llevado por la natural inclinación de su temperamento hacia todo lo que equivale entrañamiento en el propio espíritu, subjetivismo. Luego, realizó una breve y fecunda inmersión en el sobrerrealismo, del cual retornó, una vez lavado por las misteriosas aguas oníricas, a una pintura que él mismo ha denominado **realismo constructivo**. Efectivamente, Mori no ha desdeñado jamás, en ningún paso de su ya larga carrera, las contribuciones sensibles del mundo exterior, visto éste con ojos que saben despojarlo de todo aquello que lleva el signo de la contingencia. Su obra se ha ido acendrando así en el propósito de imprimir cierta peculiar entonación poética a lo que su visión acarrea del contorno inmediato. Su intuición, tan aguda como certera, ha sabido reconocer en cada objeto o grupo de objetos lo que poseen de permanente, unitario y común, y ha podido distinguir en ellos la trama dentro de la que el azar, al reunirlos, los ha encerrado. Se trata, en verdad, de un realismo que utiliza los datos de los sentidos con rigor crítico, es decir, sometiéndolos a un tamiz a través del cual se destila tan sólo aquello que posee una significación estética, formal y cromática. De tal manera que en sus cuadros la inteligencia ordena la realidad conforme a ciertos lineamientos personales, construyéndola —o reconstruyéndola— en su verdad más general. De ahí que Mori no sea un pintor audaz, pero que, en cambio, nunca caiga en la vulgaridad, el desenfreno o la tantas veces disparatada vanidad revolucionaria.

En la muestra de este pintor chileno es indiscutible que, desde los retratos (finas interpretaciones de los modelos familiares) hasta el único experimento abstracto que exhibe, pasando por los sugestivos paisajes urbanos de París y Valparaíso y las serenas naturalezas muertas, todo responde a esa fórmula de razón e intuición correspondidas que Antonio R. Romera —autor de una monografía sobre el artista— ve como fundamento en la labor creadora de Mori. Es cierto, a juzgar por estos testimonios, que una y otra son claves de su trabajo, y que la segunda le abre los necesarios escapes a las limitaciones de la primera, sin que entrambas el conflicto llegue nunca a un extremo negativo o paralizador.

Algunos dibujos de Mori, rápidas, emocionadas y expresivas versiones de sus contactos con la realidad primordial, nos hablan con claridad meridiana de la seguridad con que el artista detiene y conquista el espíritu de las cosas que le interesan y lo comprometen. Sobre tales esquemas vivientes, se apoya el color como en un terreno firme y sólido, aprovechando de este modo esa libertad plena a que convida la conciencia de haber sabido elegir un fragmento perdurable y veraz del universo. La imaginación de Mori no apunta a lo literario, pues se inclina más hacia los ritmos, las armonías y las relaciones de las líneas y los colores, que a la intención intrínseca de los asuntos. No por capricho éstos están tomados de la intimidad, y son como un sencillo y recatado pretexto para llegar a una meta plástica precisa, propuesta de antemano. Esa meta es, sin duda, la que está reservada a la legitimidad de los móviles y a la madurez de los frutos: la belleza más tranquila y cálida.

Las obras de Camilo Mori que han llegado a nuestra ciudad confirman ampliamente los merecimientos que posee para ocupar el puesto que dentro de la pintura de su patria tiene ganado. Los que como él prefieren el quehacer disciplinado y severo al detonante y complaciente éxito económico y social ejercen un benéfico magisterio. Sólo el porvenir sabrá agradecer sin perjuicios, honestamente, esa dedicación a un arte austero y perdurable.